

## Los Celtíberos y sus vecinos occidentales

JÜRGEN UNTERMANN  
*Universidad de Colonia*

Quien desee saber lo que fueron los Celtíberos, en primer lugar se encuentra frente a un problema de definición. Tiene que decidir a cuál de las varias definiciones existentes quiere dar la mayor confianza, y será el tema de este discurso<sup>1</sup> tratar de hacer visibles y valorizar los criterios que juegan un papel en la descripción de lo que se llama «Celtíbero» y «Celtibérico». Será mi intención particular separar las distintas clases de argumentos que han entrado en la discusión científica sobre nuestro tema, —argumentos históricos en sentido estricto, cuestiones de geografía y etnografía, y la busca de rasgos esenciales que nos permitan caracterizar la lengua y la onomástica a las cuales parece lícito atribuir la etiqueta «Celtibérico»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Lo que sigue repite varios capítulos de un ensayo que acabo de exponer en E. Campanile (ed.) *Problemi di lingua e di cultura nel campo indoeuropeo*. Pisa 1983, 109-128. bajo el título «Die Keltiberer und das Keltiberische». En aquella publicación, he añadido una bibliografía algo más extendida y un catálogo completo de las inscripciones celtibéricas conocidas en la actualidad. Agradezco a doña María Magdalena Valor-Piechotta el haber revisado y corregido la versión castellana de esta ponencia.

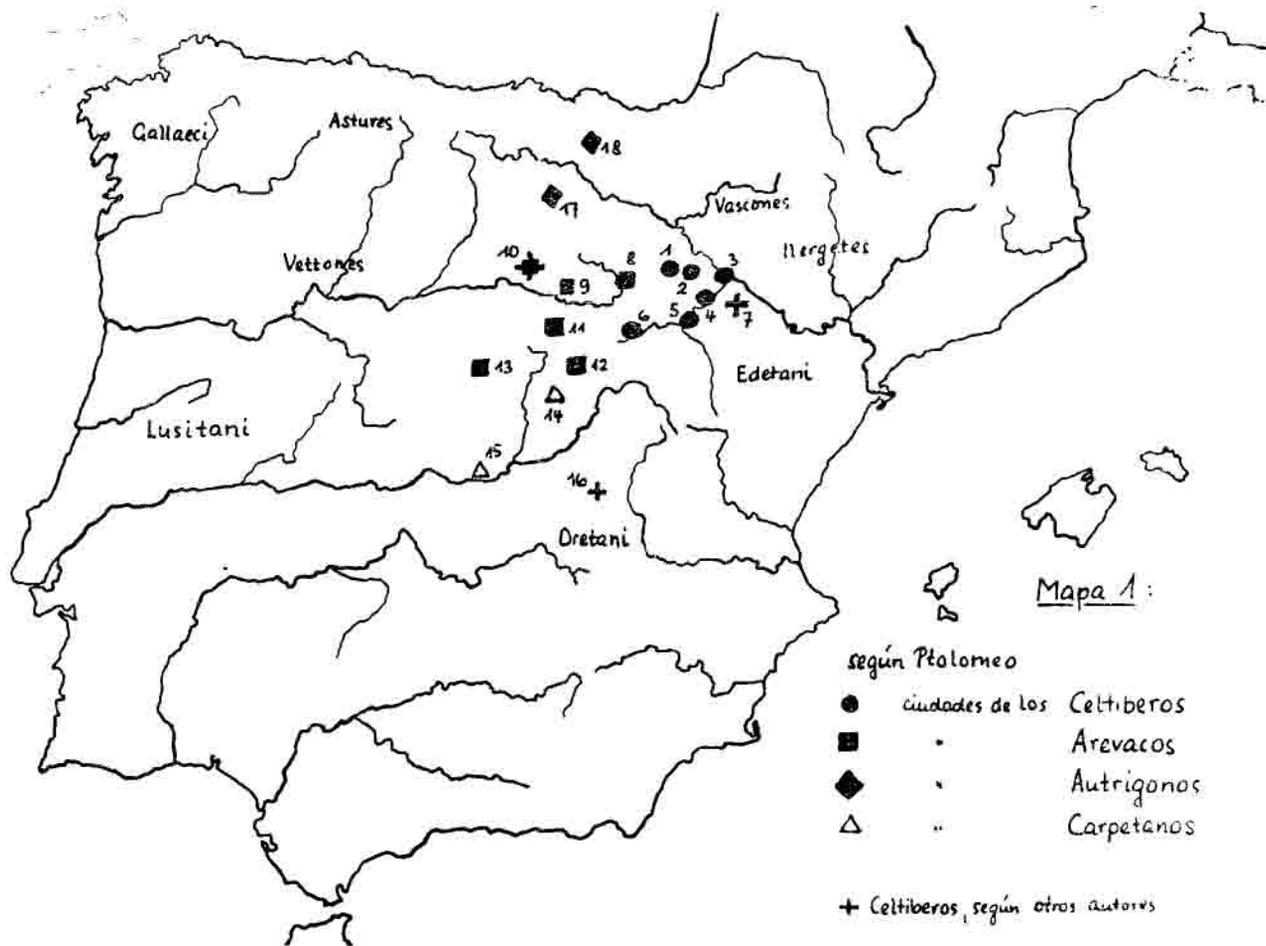
<sup>2</sup> Mis consideraciones e hipótesis se basan ampliamente sobre los resultados logrados por la investigación española y extranjera de los últimos cincuenta años. Prescindiendo en este lugar de un resumen exhaustivo de estudios anteriores remito a algunos trabajos de mayor transcendencia: M. Gómez-Moreno, *Las lenguas hispánicas*. En M.

En la historiografía romana, el nombre de los «Celtíberos» lleva el aspecto de una entidad bien establecida, vinculada a las guerras entre los años 143 y 133 a.JC. y al nombre de la ciudad de Numancia, pero, a pesar de eso, no es fácil identificarlo precisamente ni con un poder político concreto ni con una región geográfica de circunscripción inconfundible<sup>3</sup>. Se nos muestra como nombre de una alianza de tribus indígenas formada en un cierto momento contra los invasores romanos, pero fuera de ello la denominación «Celtíbero» nunca parece haber obtenido una función social o política entre las mismas tribus a las cuales denomina, nunca servía de consigna de un movimiento o de título de un programa militar de los pueblos indígenas. —al contrario: su formación hace sospechar que se trata de un término culto como los suelen inventar los geógrafos e historiadores griegos y latinos para designar una población como grupo mixto o marginal o mal atribuible entre otras unidades étnicas más grandes y mejor conocidas. En fin, ni siquiera sabemos exactamente cuál fue el significado original de «Celtíberos»: Iberos-Celtas, o Iberos en el país de los Celtas, o Celtas en la Iberia, o Iberos y Celtas (es decir un grupo humano compuesto de las dos etnias), o simplemente Celtas que viven a la ribera del río Iberus, el Ebro actual.

Entre los geógrafos antiguos cuyas obras se han transmitido hasta nuestro tiempo, Claudio Ptolomeo es el único que sabe atribuir un área cerrada y bien definida a la etnia de los Celtíberos: en su gran síntesis de la geografía mundial enumera dieciocho ciudades que llama celtibéricas (2,6,58); algunas de las cuales admiten una ubicación exacta (mapa 1); *Turiasso*, hoy Tarazona; *Bursada*, hoy Borja;

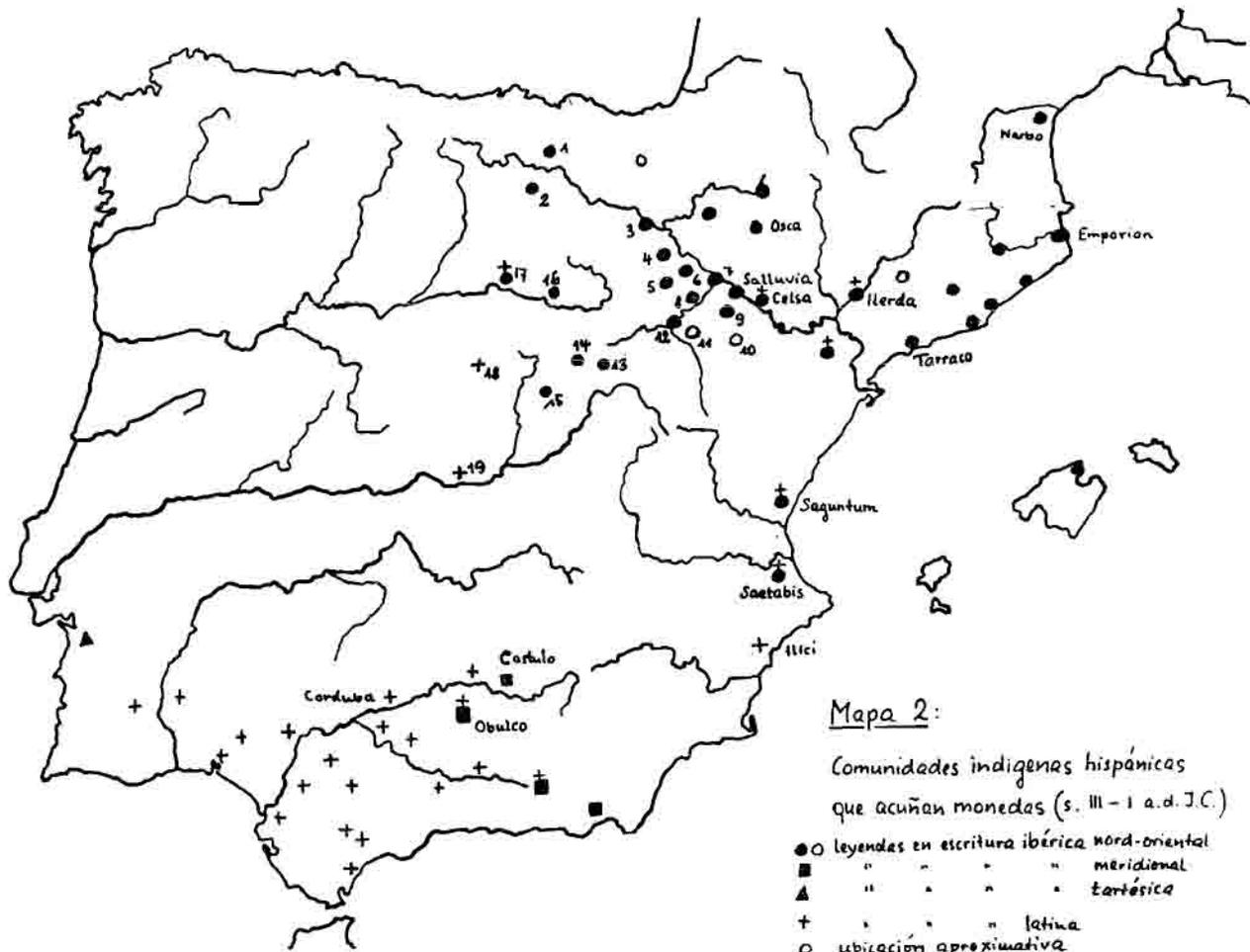
G.-M., *Misceláneas I*, Madrid 1949, 201-217. A Tovar, «Las inscripciones ibéricas y la lengua de los Celtíberos». En: A. T., *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*. Buenos Aires 1949, 21-60; y la contribución del mismo autor a la *Enciclopedia Lingüística Hispánica I*, Madrid 1960, 101-126, intitulada «Lenguas indoeuropeas: Testimonios antiguos». M. Lejeune, *Celtibérica*. Salamanca 1955, U. Schmoll, *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*. Wiesbaden 1959.

<sup>3</sup> Los Celtíberos y la Celtiberia como problema historiográfico viene tratado magistralmente por M. Koch en las *Actas del II coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la península ibérica* (Tübingen 1976). Salamanca 1979. 387-419.



- 1 *Turiasso*, Tarazona
- 2 *Bursada*, Borja
- 3 *Alavona*, Alagón
- 4 *Nertobriga*
- 5 *Bilbilis*
- 6 *Arcobriga*, Arcos de Jalón
- 7 *Contrebia Belaesca*, Botorrita
- 8 *Numantia*

- 9 *Uxama Argaela*
- 10 *Clunia*, Coruña del Conde
- 11 *Termantia*, Tiermes
- 12 *Segontia Lanca*, Sigüenza
- 13 *Segovia*
- 14 *Complutum*, Alcalá de Henares
- 15 *Toletum*, Toledo
- 16 *Segobriga*, Cabeza del Griego



Mapa 2:

Comunidades indígenas hispánicas  
que acuñan monedas (s. III - I a.d. J.C.)

- O leyendas en escritura ibérica nórd-oriental
- " " " " meridional
- ▲ " " " " tartésica
- + " " " latina
- ubicación aproximativa

- |    |   |    |  |
|----|---|----|--|
| 1  | uśamus, <i>Uxama Barca</i> , Osma de Valdegovia       | 11 | śekaisa, cerca de Calatayud                      |
| 2  | uiŕouia, <i>Virovesca</i> , Briviesca                 | 12 | bilbilis, <i>Bilbilis</i>                        |
| 3  | kalakoŕikoś, <i>Calagurris Nassica</i> , Calahorra    | 13 | Iutiakoś, <i>Luzaga</i>                          |
| 4  | tufiasu, <i>Turiasso</i> , Tarazona                   | 14 | śekotias lakas, <i>Segontia Lanca</i> , Sigüenza |
| 5  | teŕkakom, <i>Tierga</i>                               | 15 | kombuto, <i>Complutum</i> , Alcalá de Henares    |
| 6  | buŕsau, <i>Bursada</i> , Borja                        | 16 | aŕkalikoś, <i>Uxama Argaela</i>                  |
| 7  | alaun, <i>Alavona</i> , Alagón                        | 17 | kolounioku, <i>Clunia</i> , Coruña del Conde     |
| 8  | neŕtobiś, <i>Nertobriga</i>                           | 18 | SEGOVIA  |
| 9  | kontebakom bel, <i>Contrebia Belaesca</i> , Botorrita | 19 | TOLETVM  |
| 10 | belikia, ¿Belchite?                                   |    |  |

*Allaba*, tal vez idéntico con *Allavona* mencionada en los itinerarios antiguos y situada a la desembocadura del río Jalón, siendo la actual ciudad de Alagón; *Nertobriga*, no lejos del actual Calatorao; *Bilbilis*, cerca de Calatayud, y —el punto más avanzado hacia el oeste—, *Arcobriga*, hoy Arcos de Jalón. A este conjunto se ajusta bien la ciudad *Contrebia*, no mencionada por Ptolomeo, que aparece en la historia romana de Valerio Máximo (7,4,5) como centro importante de los Celtíberos: se sabe desde hace poco tiempo que las ruinas exploradas cerca de la actual población de Botorrita sobre el río Huerva pertenecen a esta ciudad cuyo nombre completo era *Contrebia Belaesca*<sup>4</sup>, refiriéndose a la tribu de los *Belaesci* que debe haber vivido en esta región.

Al norte de los Celtíberos, Ptolomeo sitúa los Váscones y los Ilergetes (2,6,67-68), al sur los Edetanos (2,6,63), y hacia el oeste hace lindar las ciudades de los Arevacos (2,6,56) —*Numantia*, *Segontia*, *Termantia*, *Uxama*, *Clunia*, *Segovia* y otras—, y los Arevacos aparecen enmarcados por los Autrigones al norte (2,6,53) —con las ciudades *Uxama Barca* y *Virovesca*, hoy Briviesca—, y los Carpetanos al sur (2,6,57), cuyos centros más cercanos son *Complutum*, hoy Alcalá de Henares, y *Toletum*, Toledo.

Divergentes de Ptolomeo, otros autores antiguos provocan la impresión de que no era fácil reducir los Celtíberos a un territorio tan pequeño y bien delimitado: sin duda alguna, la confederación que se opuso a los Romanos en la guerra numantina abarcó también a los Arevacos y así el escritor romano Plinio llama a la ciudad de *Clunia* —atribuida a los Arevacos por Ptolomeo— *Celtiberiae finis* (n.h. 3,3,27), 'la última población de la Celtiberia', y el mismo autor califica una ciudad *Segobriga*, vecina al territorio de los Oretanos, como *caput Celtiberiae* (n.h. 3,3,25), traducible por «el punto más avanzado de la Celtiberia»<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Para el estado de la investigación sobre este lugar importantísimo véanse G. Fatás, *Contrebia Belaesca II: Tabula Contrebiensis*. Zaragoza 1980, y A. Beltrán Martínez, A. Tovar, *Contrebia Belaesca I: El bronce con alfabeto «ibérico» de Botorrita*. Zaragoza 1982.

<sup>5</sup> Esta *Segobriga*, según Plinio, es la única ciudad celtibérica que no pertenece a los *conventus* de *Clunia* o de *Caesaraugusta*, sino al

Seguramente, esta ciudad se localizaba en donde actualmente se hallan las ruinas de la Cabeza del Griego, cerca de Saelices en la parte occidental de la provincia de Cuenca, y hay que anotar que existe otra ciudad del mismo nombre, mencionada por Ptolomeo y manifestada por leyendas monetales, en la Celtiberia septentrional, de ubicación desconocida.

Con respecto a lo que dice Plinio se impone la necesidad de distinguir una Celtiberia en sentido estricto —la de Ptolomeo— de otra, en sentido amplio, que se extiende del Ebro hasta Clunia en el norte y hasta la Cabeza del Griego en el suroeste, planteándose además el problema de interpretar esta divergencia: la Celtiberia «pequeña», (la de Ptolomeo) ¿Es el núcleo de una expansión que llegaba hasta Clunia y Segobriga? ¿O es preferible contar con un territorio original que corresponde a la definición más amplia de Plinio suponiendo que la Celtiberia de Ptolomeo sea el resultado de una reducción posterior? ¿O que ninguna de las dos posibilidades corresponda a la realidad histórica, sino que las dos definiciones manifiesten dos aspectos diferentes de la historiografía antigua?

Tomando como punto de arranque esta aporía que resulta de los testimonios transmitidos por los geógrafos e historiadores antiguos vamos a recurrir a otras fuentes que parecen aportar informaciones sobre los Celtíberos y la Celtiberia, en particular sobre la interrelación entre la Celtiberia grande de Plinio y la pequeña de Ptolomeo.

Sólo de paso quiero señalar que la arqueología<sup>6</sup> no ofrece resultados que puedan solucionar nuestros problemas de manera concluyente. Los hallazgos que se refieren a la última época antes de la romanización nos permiten reconocer dos grupos distintos, el uno al norte, el otro al sur de la

*conventus Carthaginensis*, y viene mencionada junto con *Toletum*, la ciudad más meridional de los Carpetanos llamada igualmente *caput Carpetaniae*; por eso, me parece inevitable traducir *caput* por «punto más avanzado» y no por «capital».

<sup>6</sup> Véase W. Schüle en *Actas del II Coloquio ...* (v. nota 3), 197-207, y en su obra monográfica, *Die Meseta-Kulturen der iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen 3. Berlín 1969.

divisoria de aguas entre el Duero y el Tajo, de tal manera que la Celtiberia en sentido amplio participa en los dos y no puede ser definida por uno de ellos. Del mismo modo, tampoco se puede aducir un horizonte arqueológico que corresponda al territorio de las ciudades Celtibéricas de Ptolomeo.

Más diferenciada y más prometedora es la clase de fuentes que podemos reunir bajo el título de fuentes lingüísticas siempre teniendo en cuenta que se trata de informes extremadamente heterogéneos cuya coordinación exige un procedimiento proclive al escepticismo y prudencia. La gran mayoría de estas fuentes son de índole epigráfica, de vez en cuando completadas por los textos literarios griegos y latinos.

Comenzando con una ojeada a las monedas<sup>7</sup>, el mapa 2 muestra los lugares de la península que pueden identificarse con ciudades o centros de tribus que han emitido monedas durante la época republicana: sólo muy pocas cecas desempeñan su actividad antes de la llegada de los Romanos, casi todas funcionan entre la mitad del siglo segundo a. de J.C. y las guerras sertorianas. Hay más de cien comunidades indígenas cuyos nombres se reflejan por las leyendas de sus monedas. Algunas de ellas utilizan el alfabeto latino, sobre todo en la Bética, y todo el resto emplea la escritura ibérica, sea la variante meridional, sea el tipo del nordeste. Estas últimas llenan un gran triángulo cuyos lados van de la región de Valencia hasta Narbona en Francia y hasta el curso superior del río Ebro, incluyendo también la región celtibérica. Entre las leyendas aparecen algunos de los nombres de ciudades que Ptolomeo atribuye a los Celtiberos —*Turiasso*, *Bursada*, *Bilbilis*, *Nertobriga*, *Alava*—, además la ciudad de *Contrebia Belaesca*, y los lugares todavía no identificados *Segobriga* y *Ergavica*, conocidos también por la lista de Ptolomeo. Criterios numismáticos permiten añadir por lo menos tres ciudades más a la misma

<sup>7</sup> Para la ubicación y para una discusión más detallada de los problemas lingüísticos véanse mis *Monumenta Linguarum Hispanicarum*. I, Wiesbaden 1975.

región que se destacan por emisiones importantes de monedas: *arekorata* no lejos de *Turiasso*, Tarazona; *belikio*, poco al sur de Botorríta<sup>8</sup>, y *sekaisa*, cerca de *Bilbilis* y Calatayud.

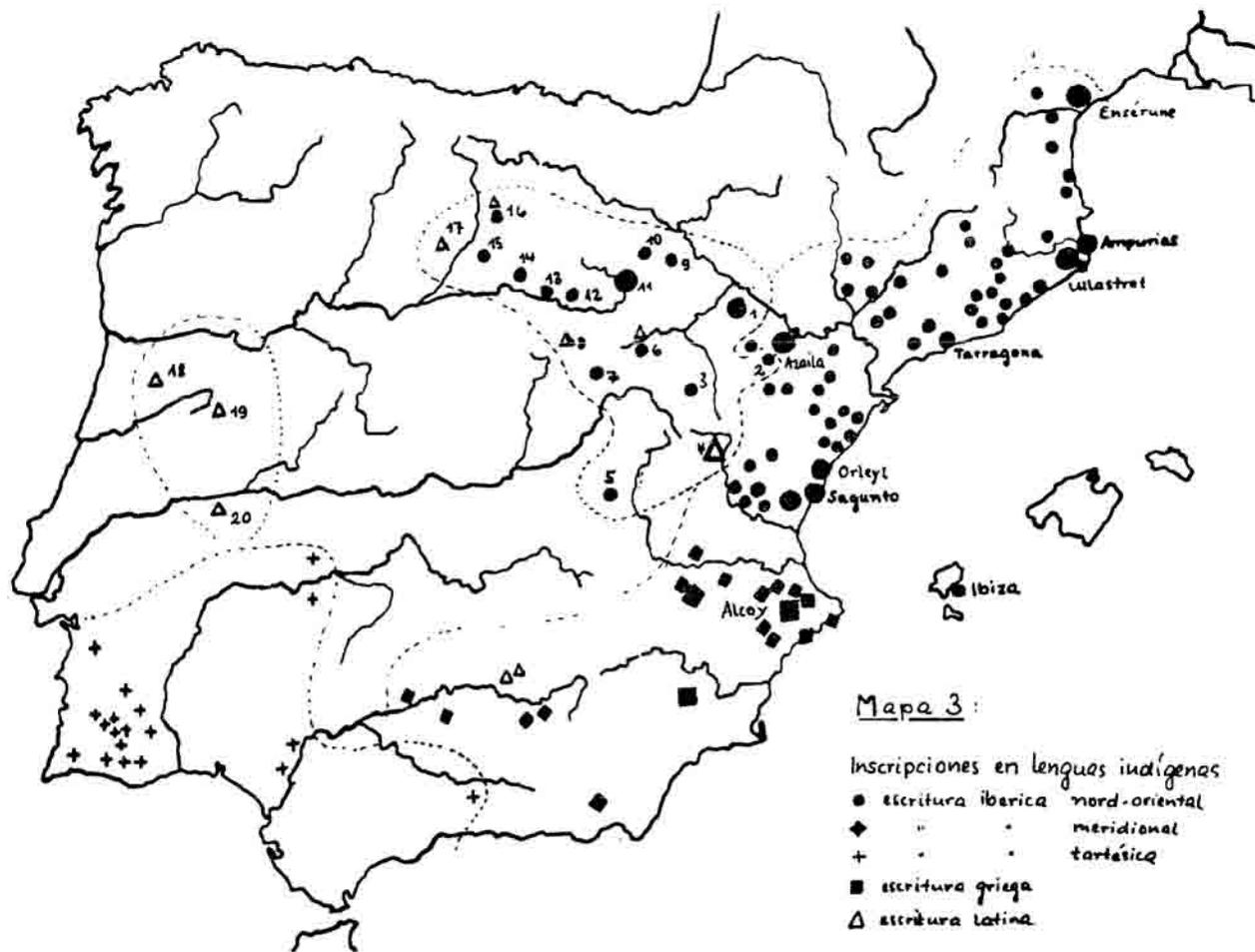
En cuanto a la definición y descripción de la Celtiberia, las monedas no suministran ningún argumento autónomo: se integran perfectamente en la tipología numismática del nordeste hispánico en la cual participan igualmente las acuñaciones de los Váscos, Ilergetes y Edetanos, salvo pocos detalles sobre los cuales volveré al final de mi ponencia, y salvo un fenómeno no numismático sino lingüístico: los nombres étnicos que sirven de leyendas monetales fuera de la región celtibérica llevan un sufijo *sken* —*ausesken*, *laiesken*, *setisken*, etc.—, mientras que los étnicos localizables en la Celtiberia (en sentido amplio) adoptan su sufijo —*ko*—, formando un genitivo de plural en *-kom* o *-kum* o un nominativo de plural en *-koś*, p.e. *belaiśkom* «de los *Belaesci*», *kontebakom* «de los habitantes de *Contrebia*», *sekaisakom* «de los habitantes de *sekaisa*», *arekoratkoś* «los habitantes de *arekorata*», etc.<sup>9</sup>

Se sabe que las leyendas monetales no son ni los únicos ni los más importantes testimonios directos de las lenguas indígenas de la península. Disponemos, al lado de ellas, de una cantidad considerable de documentos epigráficos de otra índole: inscripciones sobre piedra, cerámica, plomo o bronce<sup>10</sup>. El mapa 3 hace ver los lugares donde se han producido los hallazgos; la forma de los símbolos indica los

<sup>8</sup> No me puedo adherir a la opinión de M. Beltrán Lloris, quien localiza esta ceca en la ciudad ibérica de Azaila (M. B. LI. *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila, Teruel*. Zaragoza 1976, 375-384): la lengua de dicha ciudad era la ibérica como se desprende de los numerosos grafitos que aparecieron allí, mientras que la leyenda *belikio*, *belikiom* presupone una comunidad que hablaba una lengua indoeuropea.

<sup>9</sup> Véanse el mapa 14 y las páginas 60, 79, 86 de la obra citada en n. 7.

<sup>10</sup> Las ediciones más completas se deben a M. Gómez-Moreno, Suplemento de epigrafía ibérica. En: *Misceláneas* (v. nota 2) 283-330; *La escritura bástulo-turdetana*. Madrid 1962, y a J. Maluquer de Motes, *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*. Barcelona 1968, donde, además, se tratan exhaustivamente las distintas variantes de la escritura ibérica.



Mapa 3:

Inscripciones en lenguas indígenas

- escritura ibérica nord-oriental
- ◆ " " meridional
- + " " tartésica
- escritura griega
- △ escritura latina

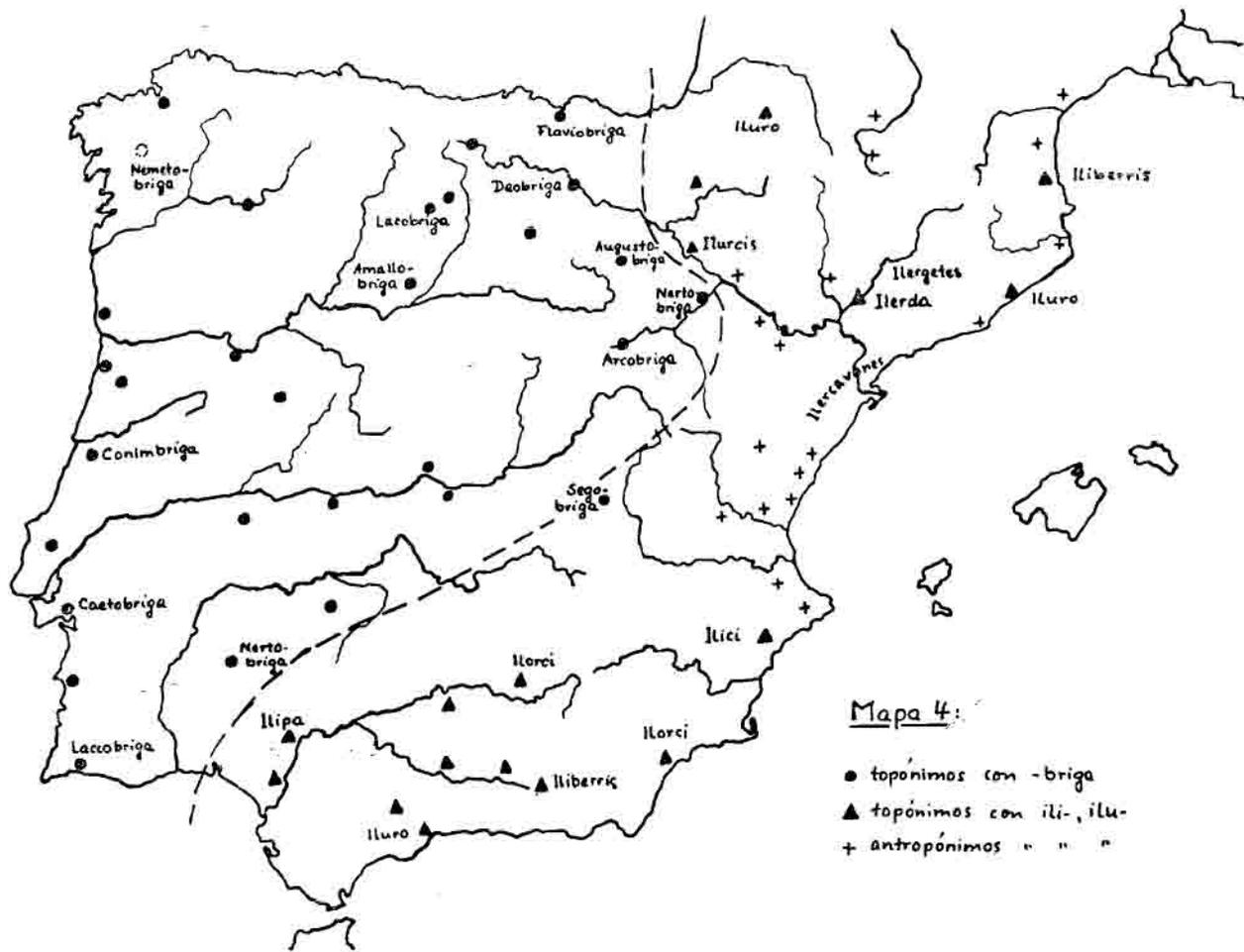
*Región celtibérica:*

- 1 Botorrita
- 2 Albalate del Arzobispo
- 3 El Pedregal
- 4 La Penalba de Villastar
- 5 Fosos de Bayona
- 6 Monreal de Ariza
- 7 Luzaga
- 8 Tiermes
- 9 Torrellas
- 10 Trébugo
- 11 Numancia

- 12 Uxama
- 13 Langa de Duero
- 14 Coruña del Conde
- 15 Plasenzuela
- 16 Sasamón
- 17 Paredes de Nava

*Región lusitana:*

- 18 Lamas de Moledo
- 19 Cabeço das Fragoas
- 20 Arroyo del Puercio



tipos de escritura y las diferencias de los idiomas se señalan por las líneas punteadas: el alfabeto griego, el latino, y las escrituras autóctonas llamadas colectivamente escrituras ibéricas; se dividen en la escritura tartésica en el extremo suroeste, la variante llamada «meridional», entre el país Valenciano y la Andalucía oriental, y el tipo más corriente y más uniforme, el alfabeto ibérico del nordeste. En toda la zona mediterránea domina la lengua bien identificable pero todavía no descifrada que llamamos 'ibérica'; en el suroeste estamos frente a un idioma aún menos conocido, el tartésico; más al norte, se han encontrado tres textos de considerable extensión que atestiguan la lengua «lusitana», y, en fin, volviendo al territorio que más nos interesa aquí, vemos las inscripciones que transmiten la lengua del país celtibérico, y que se llaman convencionalmente «inscripciones celtibéricas». No hay obstáculos para adoptar esta denominación siempre que evitemos el peligro de prejuicios: todavía no se sabe a qué concepto histórico de los Celtíberos corresponderá este grupo de inscripciones que distinguimos por el mismo adjetivo.

En cuanto a la clasificación de las lenguas atestiguadas por los documentos epigráficos, se sabe que el ibérico y el tartésico son profundamente distintos de los idiomas que se reflejan por las inscripciones lusitanas y por los documentos que suelen llamarse celtibéricos, mientras que estos dos últimos grupos son muy parecidos entre sí: sin duda alguna pertenecen a la familia de las lenguas indoeuropeas y es muy verosímil que sean dialectos que podemos atribuir a la subfamilia de las lenguas celtas, a la cual pertenecen además la lengua de los Galos en Francia e Italia y varios idiomas modernos, sobre todo el irlandés.

Al contemplar el mapa 3 se impone el problema de los grandes campos blancos donde seguramente vivían pueblos que hablaban su lengua sin que ella se nos haya transmitido por documentos escritos. Debemos recurrir a testimonios de otra clase para llenar los huecos que dejan abiertos las fuentes que acabamos de tratar. Afortunadamente los autores latinos y griegos y sobre todo las inscripciones latinas de la época imperial conservan un gran número de topóni-

mos y de nombres de personas indígenas que han sobrevivido a la latinización y, por eso, permiten rastrear indirectamente las líneas esenciales de los hechos prerromanos. En contraste con las inscripciones indígenas, estas fuentes tienen la ventaja de cubrir la península con una red de testimonios distribuidos de manera más o menos equilibrada por todas partes.

El resultado más transcendental viene proporcionado por los topónimos que permiten dividir la península en dos sectores (mapa 4)<sup>11</sup>: de un lado los nombres de ciudades ibéricas que contienen el elemento *ili-* o *ilu-* que aparece también en antropónimos de la misma región, de otro lado los topónimos compuestos con la palabra *-briga* que está estrechamente relacionada con el término irlandés *bri*, genitivo *brig*, que significa «cerro, colina». A la línea que los separa obedecen otros varios fenómenos: p.e. quedan al este de ella los famosos nombres de caballeros ibéricos atestiguados por el bronce de Ascoli; y el mismo límite coincide con lo que nos enseñan las inscripciones indígenas: corre entre el área de la lengua ibérica y el sector en el cual aparecen los documentos epigráficos de lenguas indoeuropeas (v. mapa 3), y nada impide llamar brevemente «Hispania indoeuropea» o «Hispania céltica» a la zona de *briga*, e «Hispania ibérica» a la otra sección. Sólo el territorio tartésico viene cortado por nuestra línea separadora, indudablemente porque su extensión corresponde a un estado histórico más remoto al cual más tarde se superpuso la división de la península entre los dominios de *briga* y de *ili*.

El mapa de *briga* e *ili* encuentra su complemento y aprobación por los antropónimos prerromanos atestiguados a través de inscripciones indígenas y latinas<sup>12</sup>. Prescindo

<sup>11</sup> Véase Untermann, *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Spanien*. Wiesbaden 1961; traducción castellana en *Archivo de Prehistoria Levantina* 10 (1963) 165-192.

<sup>12</sup> La documentación más completa se encuentra en M. Palomar Lapesa, *La onomástica personal pre-latina de la antigua Lusitania*. Salamanca 1957, y en María L. Albertos Firmat, *La onomástica personal primitiva de Hispania. Tarraconense y Bética*. Salamanca 1966, y en numerosos estudios adicionales de la misma autora; véanse en particular M.<sup>a</sup> L. A. F., «La onomástica de la Celtiberia», en *Actas del II coloquio ...* (v. nota 3) 131-167, y la síntesis «Onomastique person-

aquí de dar ejemplos de nombres que se reducen a la Hispania ibérica, y me ciño a presentar las distribuciones de algunos nombres de la zona indoeuropea (mapas 5-9)<sup>13</sup>: *Cloutius* y *Clutamus* predominan en Galicia, *Cloutius* se da también en la Lusitania central; *Doviderus* y *Dovidena* reúnen la Lusitania central con León y Asturias; la distribución de *Ambatus* abarca la misma parte de la Lusitania y el norte de la Celtiberia; *Boutius* está concentrada en la Lusitania central y muestra estribaciones hacia oeste y norte; el elemento *Sego-* predomina en la Celtiberia pero no falta en Asturias y en la zona oriental de la Lusitania. En resumen: los antropónimos aducidos y muchos otros más, aunque siendo nombres típicos de ciertas regiones, se enlazan y mezclan con sus vecinos de manera muy variada y no respetan ningún límite fijo salvo el que separa la Hispania céltica de la ibérica. Hay que anotar, por lo demás, que una gran cantidad de los elementos onomásticos empleados en la antroponimia de la Hispania indoeuropea encuentra sus paralelos entre los nombres de personas gálicos atestiguados en Francia, en las islas Británicas, en la Alta Italia y en otras partes de la Europa céltica<sup>14</sup>.

Junto con estos nombres, las inscripciones latinas y celtibéricas transmiten un fenómeno importante que se refiere al empleo de ellos para denominar personas: es el formulario bien conocido que se compone del nombre individual de la persona, del nombre de su padre puesto en genitivo, y de la indicación de un grupo social una especie de «clan», llamada *gens* o *gentilitas* en inscripciones latinas<sup>15</sup>; este nombre de *gentilitas* o de «clan» se deriva por un sufijo

---

nelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine». En: *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. II, 29, 2, Berlín 1983, 835-892.

<sup>13</sup> Los mapas están tomados de mis *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua*. Madrid 1965, núms. 36, 38, 6, 18 y 67.

<sup>14</sup> Ellis Evans, «On the celticity of some Hispanic personal names». En: *Actas del II Coloquio ...* (v. nota 3) 117-129; al mismo autor debemos la obra de consulta más rica y más fidedigna sobre la antroponimia celta en edad antigua, en general: D. E. E., *Gaulish personal names*. Oxford 1967.

<sup>15</sup> Véase la obra magistral de María L. Albertos Firmat, *Organizaciones superfamiliares de la Hispania antigua*. Valladolid 1975, con

-iko- u -oko- de un nombre individual y se pone en genitivo de plural; p.e. *luboš alisokum aualo ke, Arco Ambati f. Camalicum* —*alisokum* derivado de *alisos*, *Camalicum* derivado de *Camalus*, etc.—. El mapa 10 muestra la distribución geográfica de esta fórmula. Se ve que la fórmula falta en la parte occidental de la península; luego volveré sobre esta particularidad.

En fin, los teónimos prerromanos<sup>16</sup> muestran una curiosa distribución; faltan en la Hispania ibérica —hasta la fecha ninguna de las inscripciones ibéricas permite identificar una dedicación religiosa o un nombre de una deidad— y en la Hispania indoeuropea aparecen casi exclusivamente en una zona que corresponde a los países actuales Galicia y Portugal donde, en cambio, muestran una densidad extraordinaria y un aspecto exterior muy particular: muchos de ellos se componen de un teónimo y de un epíteto que puede distinguir varios dioses que llevan el mismo nombre básico, como *bandu*, *reve*, *cosu*, *munidi* y otros. El mapa 11 hace ver dónde se encuentran tales nombres combinados con epítetos distintivos, y la línea articulada señala hasta dónde se registran testimonios más o menos aislados de teónimos indígenas.

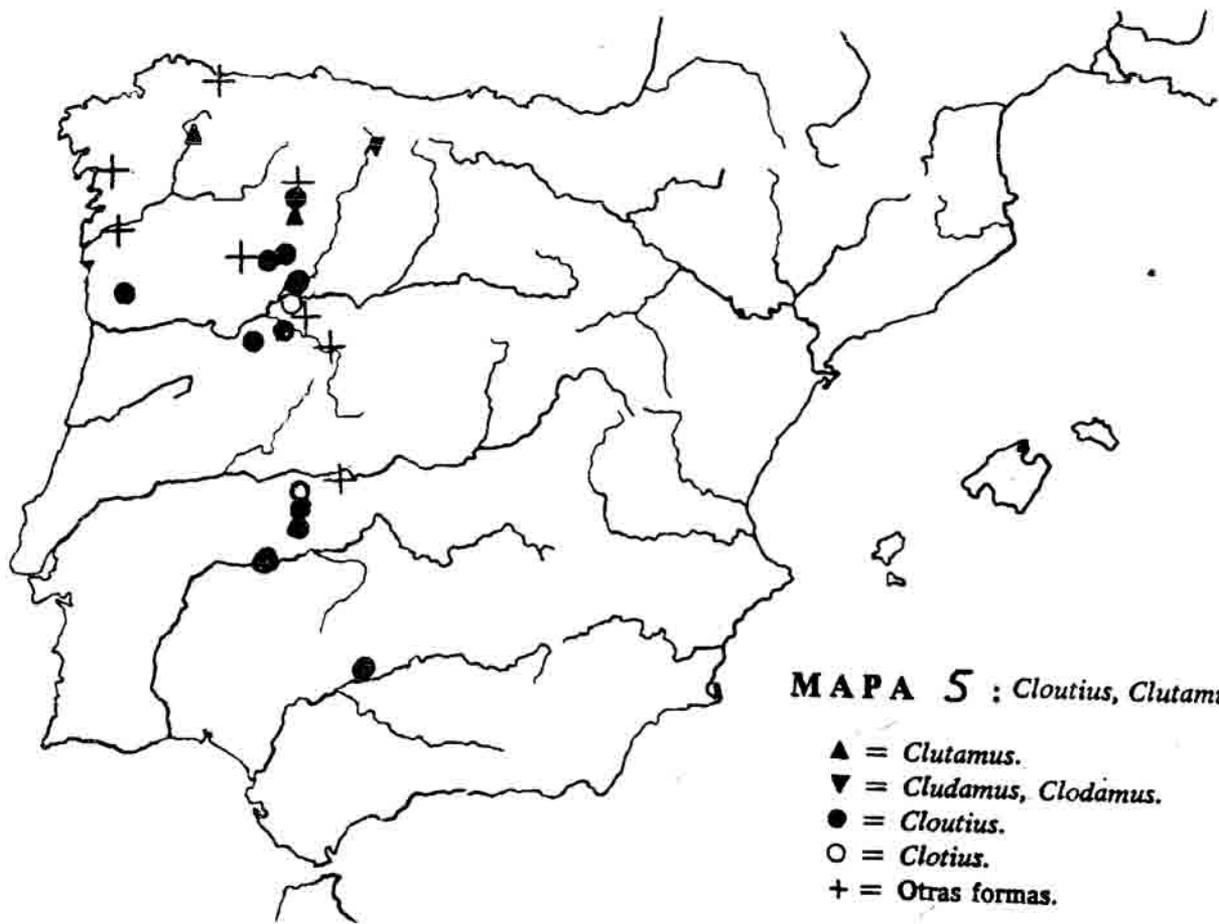
Aún más que entre los antropónimos se destaca un fuerte elemento céltico; doy algunos ejemplos<sup>17</sup>: *trebarune* y *trebopala* sobre la inscripción lusitana del Cabeço das Fragoas (v. mapa 3), *trebarune* además en inscripciones votivas latinas de varios lugares de Beira Baixa y de Coria (Cáceres), recuerdan la palabra celta *treb-* 'casa'; el segundo epíteto de la diosa *munidi eberobrigae toudopalandaigae* (Talaván, Cáceres) acusa un evidente paralelismo con *tre-*

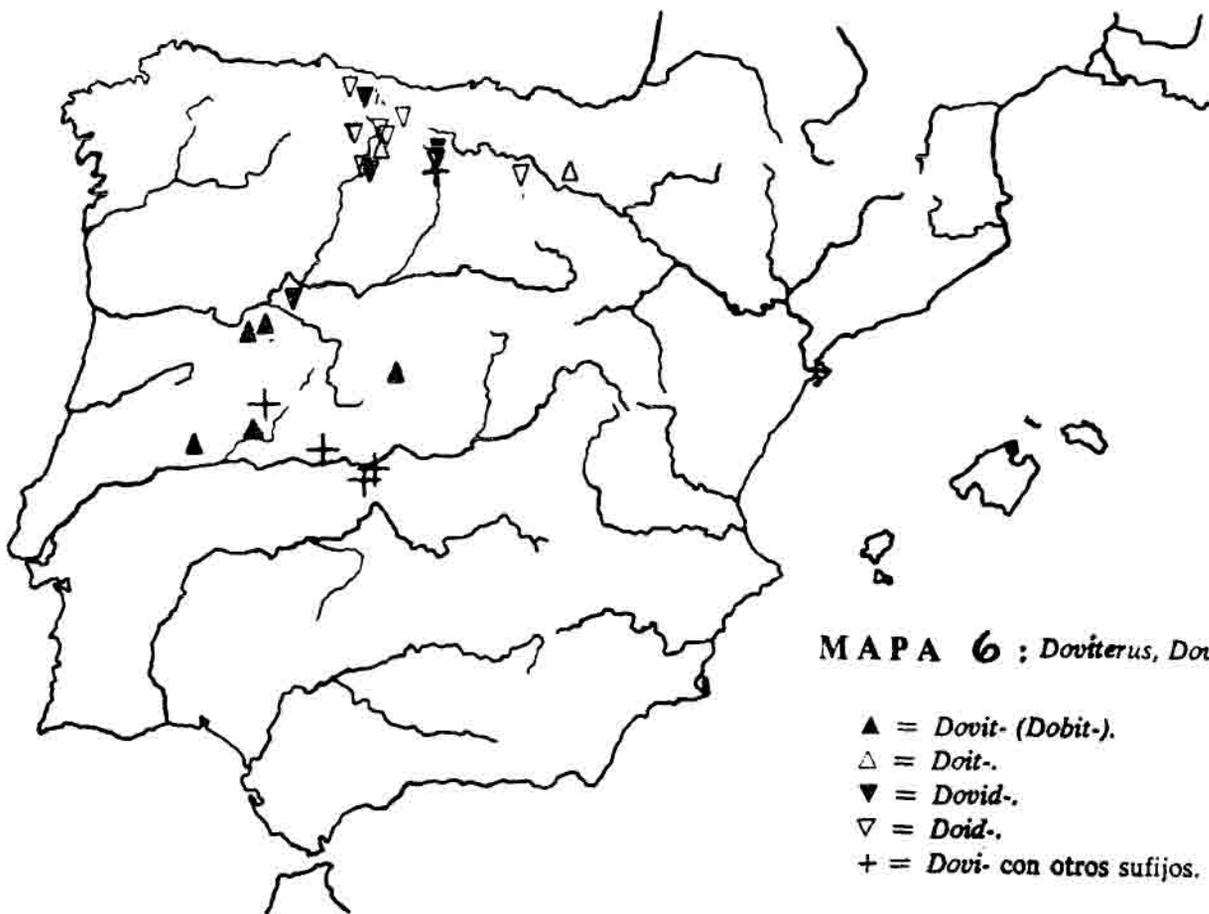
---

un suplemento en el Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid 47 (1981) 208-214.

<sup>16</sup> Véanse J. M. Blázquez Martínez, *Religiones primitivas de Hispania*. Roma 1962, y J. d'Encarnação, *Divinidades indígenas sob o domínio romano em Portugal*. Lisboa 1975, y el catálogo de teónimos, puesto al día por M.<sup>a</sup> L. Albertos, que se ha incluido en J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas. II: Religiones prerromanas*. Madrid 1983, 477-488.

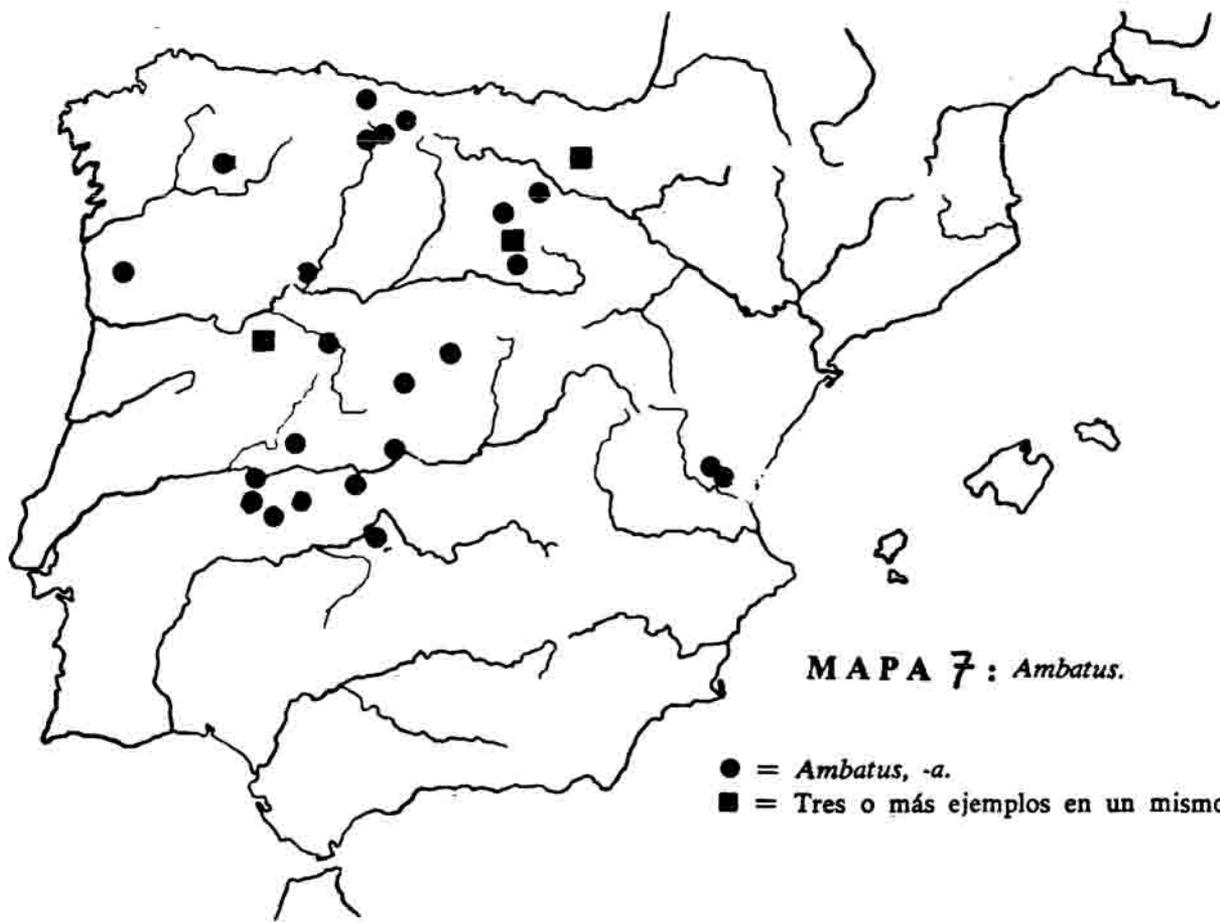
<sup>17</sup> Para los testimonios y la interpretación lingüística remito a las obras citadas en la nota 16, y a la monografía de U. Schmoll, citada en nota 2, en particular págs. 40 y 99.

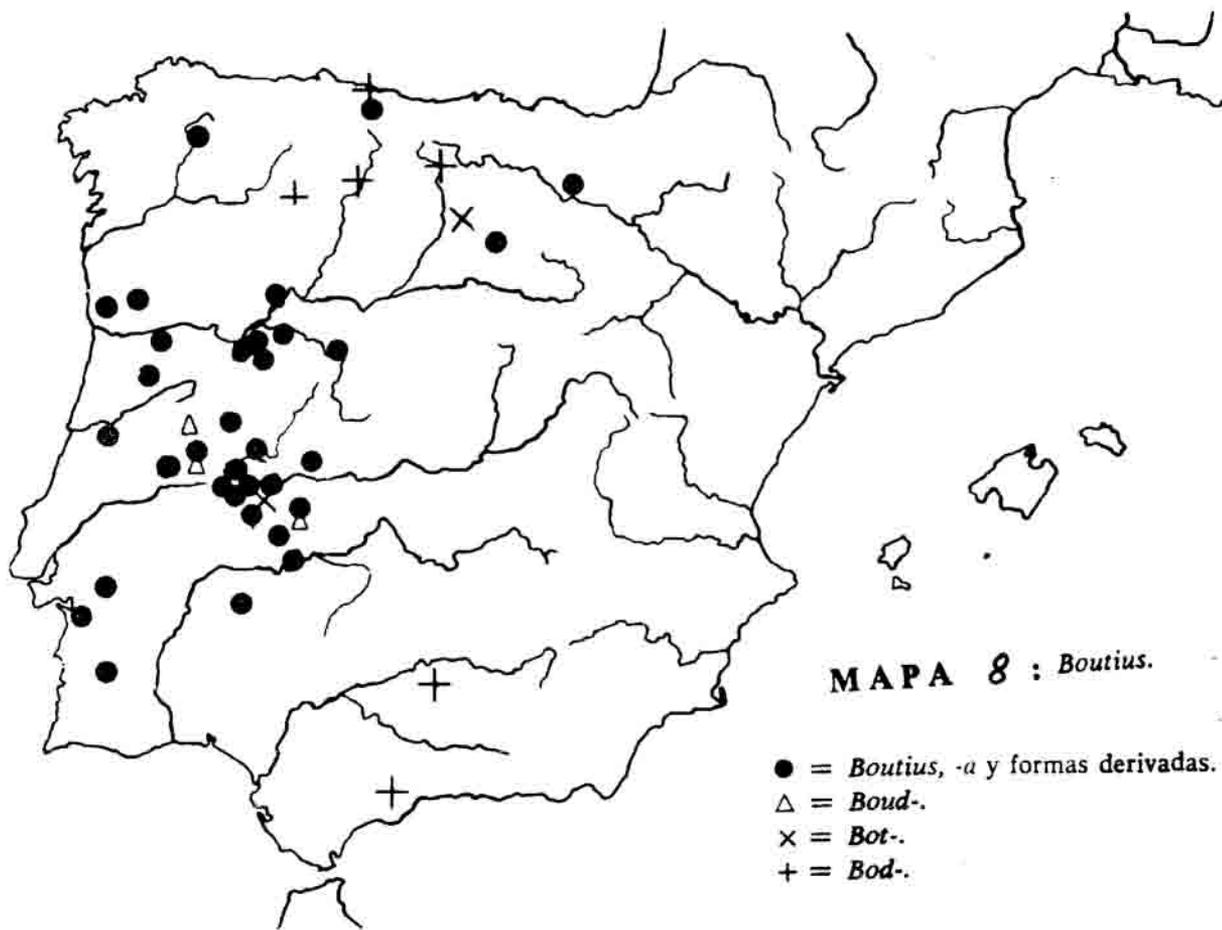




**MAPA 6 ; Dovit-*er*us, Dovitena.**

- ▲ = Dovit- (*Dobit*-).
- △ = *Doit*-.
- ▼ = *Dovid*-.
- ▽ = *Doid*-.
- + = *Dovi*- con otros sufijos.





*hopala* en cuanto al segundo elemento, *pala-*: el primero puede ser la unidad social más alta de *treb-*, es decir *touta* < *teutā* = irl. *túath* «pueblo, tribus»; vuelve a aparecer en *toudadigoe* (Mosteiro de Ribeira, Orense), dativo de un adjetivo que se deriva del teónimo *teutates*, muy conocido en la Galia antigua; en la misma inscripción, a *toudadigoe* viene dedicado un objeto llamado *crougin* que también se da, bajo la forma *crougeai*, en la gran inscripción lusitana de Lamas de Moledo (v. mapa 3); *crougeai* y *crougin*, por su morfología y por su elemento lexical, van muy bien con el irl. *crúach* «cúmulo, pila»; *nimidi fiduenarum* se lee sobre una roca cerca de Eiriz (Douro Litoral); *nimidi* parece ser una variante local de la palabra gala *nemeton* «bosque sagrado», irl. *nemed* «santuario», y *fiduenarum*, genitivo de plural latino, se deriva de una palabra que coincide perfectamente con irl. *fid* «madera»: las *fiduena*e serían, pues, deidades del bosque o de los árboles; no lejos de Mérida, en una ciudad por lo demás desconocida *Turibriga*, se veneró una diosa *ataecina*, *adaegina* a la cual se coteja, en una de sus numerosas inscripciones votivas, la *Proserpina* latina, es decir una deidad del mundo de los muertos: *ataecina* se explica fácilmente como derivación de la palabra que sobrevive en irl. *adaig* «noche».

Después de haber expuesto con la debida brevedad las diferentes clases de fuentes doy el ensayo de una síntesis. Como guía servirá el mapa 12 que reúne los informes pertenecientes de varios mapas ya presentados.

El vasto sector de la Hispania céltica dentro de la cual nuestras ciudades ocupan el rincón oriental admite una subdivisión en tres zonas siendo la más amplia de ellas la totalidad de este sector, marcado por líneas verticales y caracterizada por los topónimos con *briga*, en los cuales la Celtiberia de Ptolomeo participa por *Nertobriga*, *Arcobriga* y la *Segobriga* septentrional.

Menos extendida es la zona destacada, en el mapa, por líneas horizontales: es el área de la fórmula de *gentilitates* o de los nombres de «clan» en genitivo de plural, con numerosísimos testimonios en Botorrita y otros lugares de la

Celtiberia oriental, pero faltando absolutamente en el oeste de la península, donde, en cambio, aparecen con frecuencia extraordinarias inscripciones votivas dedicadas a dioses indígenas: la línea punteada repite el límite de esta teonimia.

A M.<sup>a</sup> L. Albertos debemos la interpretación de estos fenómenos: en su obra citada en la nota 15, ella hace ver que una gran parte de los epítetos por los cuales se distinguen los dioses lusitano-gallegos se derivan de topónimos o de nombres de personas, y llega al resultado de que las *gentilitates* de un lado y la religiosidad de los Lusitanos de otro lado son dos manifestaciones paralelas de organizaciones suprafamiliares, la una organizada según el criterio profano de la pertenencia a un clan con un fundador o un jefe cuyo nombre sirve de base para el nombre del clan, la otra adoptando un culto común dedicado a una divinidad protectora cuyo epíteto hace visible su vinculación con el grupo social. Se revela, pues, una diferencia profunda, no de lengua sino de mentalidad social y religiosa que separa los pueblos celtas de la península.

Sigue la tercera zona, más reducida, caracterizada en nuestro mapa por los trazos diagonales, cuya particularidad es la existencia de documentos epigráficos en letra y lengua indígena incluídos los lugares que han emitido monedas con leyendas en escritura ibérica. Otra vez más, la Celtiberia de Ptolomeo se integra en esta zona, no sólo por las monedas ya mencionadas sino también por las inscripciones: entre ellas el gran texto de Botorrita<sup>18</sup> rodeado por documentos menos conspicuos pero igualmente significantes, —una tetera de bronce, hoy conservada en París<sup>19</sup>, que menciona el antiguo nombre de Botorrita al lado de un antropónimo en fórmula de *gentilitas*

*luboš alisokum ke / kontebias belaiskas* «Lubbus del clan de los Alisocos, hijo de Avalus, (natural) de Contrebia Belaesca»

<sup>18</sup> Últimamente A. Tovar en Beltrán-Tovar (v. nota 4), con bibliografía completa.

<sup>19</sup> M. Lejeune (v. nota 2), 65-69.

la piedra de Ibiza<sup>20</sup>, de igual estructura textual, que se refiere a los *Beligiū* cuya ceca monetal debe buscarse a poca distancia de Botorrita

*tīrtanos abulokum letontunos ke belikiós* «Tritanus del clan de las Abulocos, hijo de Letondo, Belligius»

y un vaso de plata, hoy desaparecido pero registrado por Gómez-Moreno: se compone de un nombre individual, una palabra que queda sin identificar, y de un nombre de gentilidades que repite el elemento *belaiś-* de *Belaesca*

*a[l]isoś asaś belaiśokum*

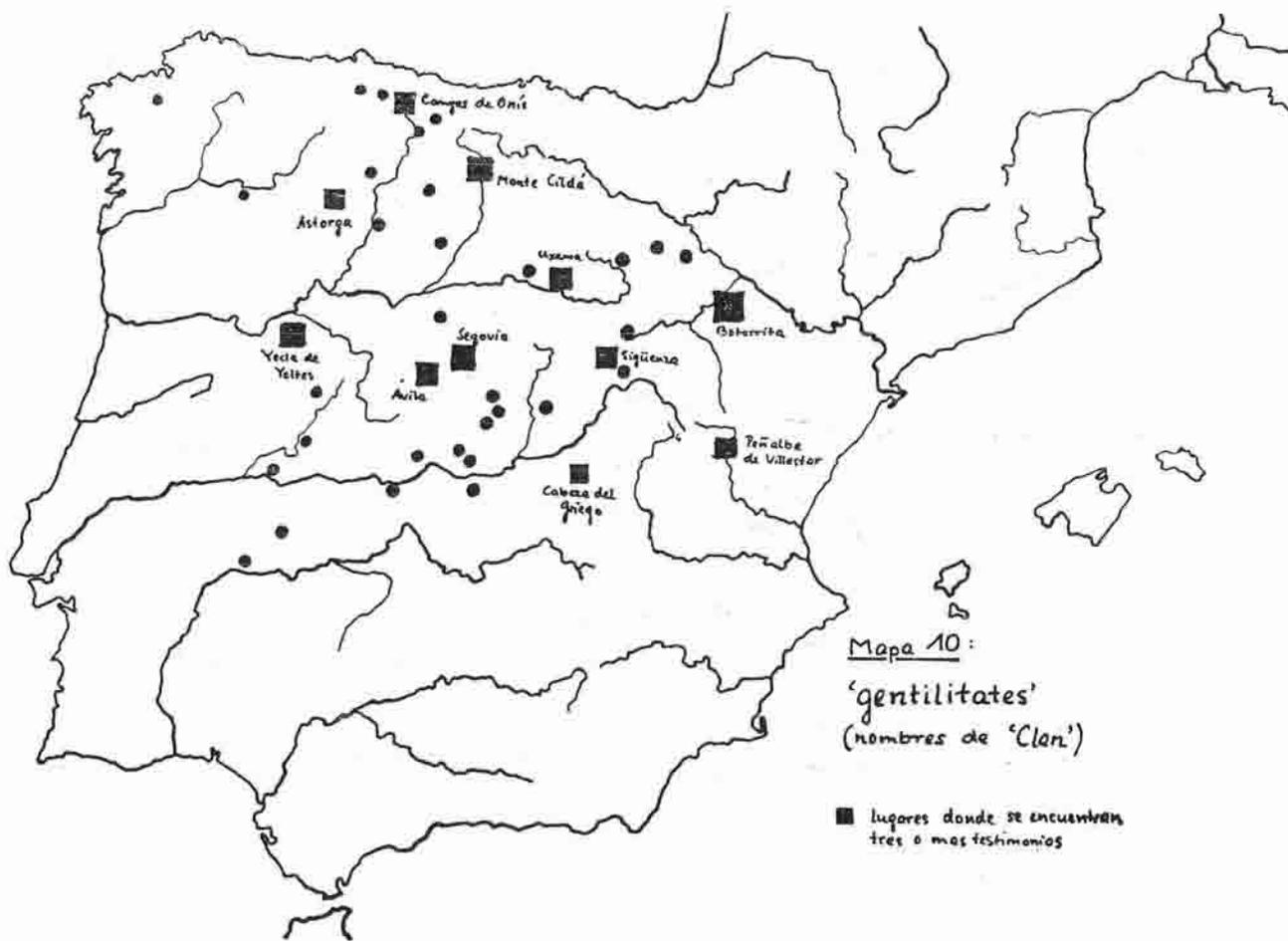
Salta a la vista que toda esta zona coincide casi a perfección con la Celtiberia en el sentido amplio, y se impone la sospecha de que la presencia de textos escritos en lengua indígena tenga que ver algo con la definición de lo que se llama Celtiberia: tal definición, a primera vista, suena absurda, pero tal vez no es imposible llenarla con un cierto sentido histórico, considerando dos hechos que pueden merecer nuestra atención: primero, que ninguno de los textos, ni las monedas ni los documentos de otra índole, es más antiguo que los conflictos entre las tribus indígenas y los Romanos; y segundo, que las poblaciones que utilizan el alfabeto ibérico son exactamente aquellas que emprendieron la guerra numantina para defender su independencia. La perdieron definitivamente en la derrota de 133 a. J.C., y vinieron a ser integradas en la *pax romana* considerablemente antes que los otros pueblos del norte y noroeste hispánico. Frente a tales observaciones me parece lícita la hipótesis de que la nueva cultura gráfica de las tribus célticas de la meseta española es un síntoma de la pacificación y la consecuencia de un acercamiento más o menos forzado al mundo urbano de los iberos quienes, con anticipación de 70 años, ya se habían sometido casi instantáneamente a la hegemonía romana bajo la cual continuaron y aumentaron su desarrollo cultural.

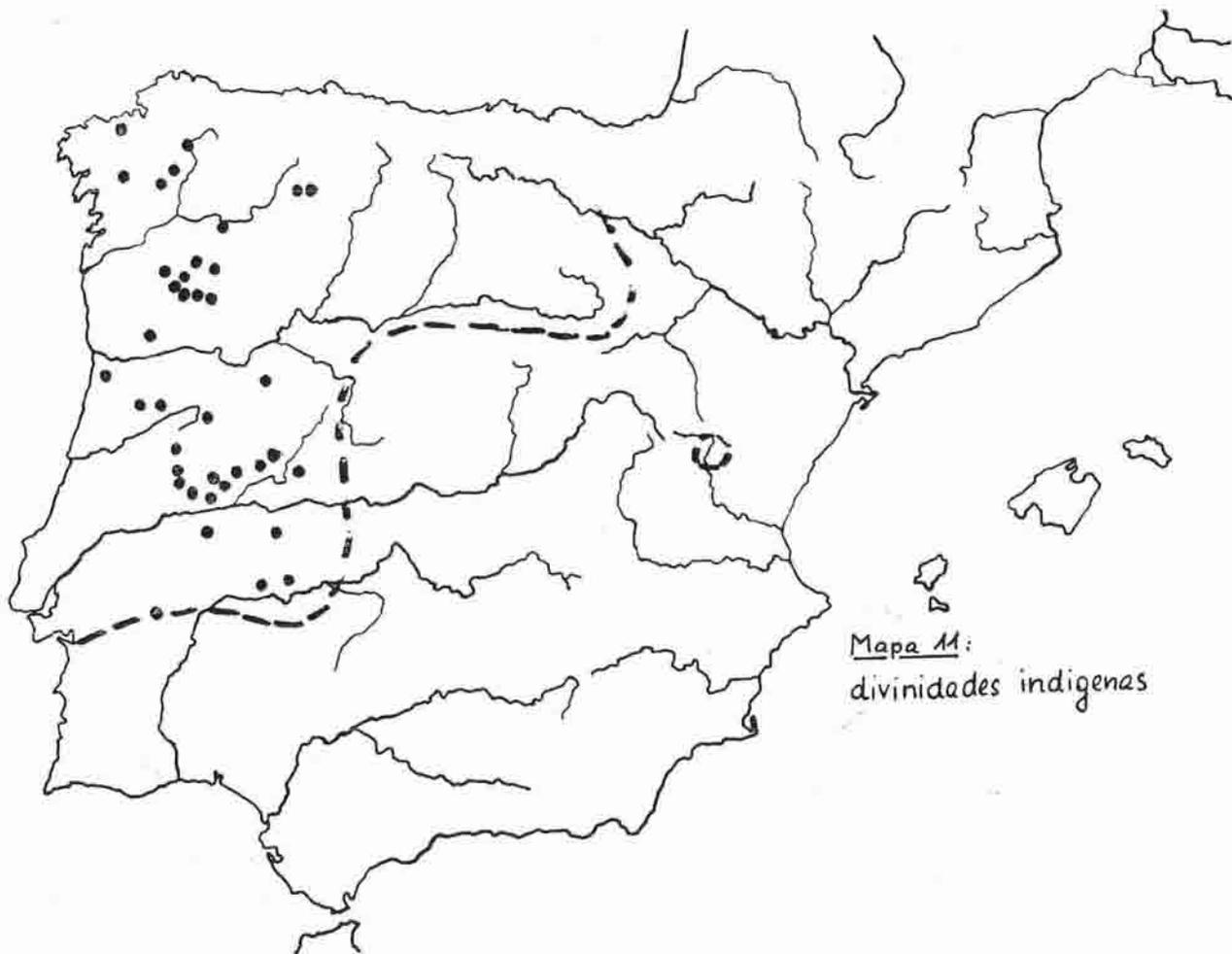
<sup>20</sup> Gómez-Moreno, *Suplemento* (v. nota 10) núm. 120, C. Veny, *Corpus de inscripciones baleáricas hasta la dominación árabe*. Roma 1965, 191-194.

En otros términos: fue tal vez un solo acontecimiento histórico el que se manifiesta en dos consecuencias: en una nueva formación del concepto de los Celtíberos en la historiografía romana como nombre común de los enemigos de la guerra numantina, y, en la recepción de la civilización ibérica, incluido el uso de su escritura, por los enemigos subyugados de dicha guerra. Al adoptar tal hipótesis podría suspenderse la búsqueda de factores arqueológicos o lingüísticos anteriores a la segunda mitad del segundo siglo antes de J.C. para definir lo que los Romanos llamaron «Celtíberos». Y, aunque es muy verosímil que se acuñó este nombre a base de la diferencia de cultura y de lengua que notaron los Romanos entre los pueblos de la meseta y los Iberos de la región costera, la delimitación de su validez al territorio entre Clunia, Segobriga y la desembocadura del río Jalón se refiere sólo a la situación histórica actual y no a la existencia de fronteras lingüísticas o étnicas reales, es decir, el límite occidental de la Celtiberia romana —en el sentido amplio como lo transmite Plinio— no era el límite ni de la lengua ni de la agrupación étnica que llamamos por convención con el mismo adjetivo «celtibéricos», sino sólo el límite del alcance de la fuerza pacificadora de los Romanos en aquel momento de la historia.

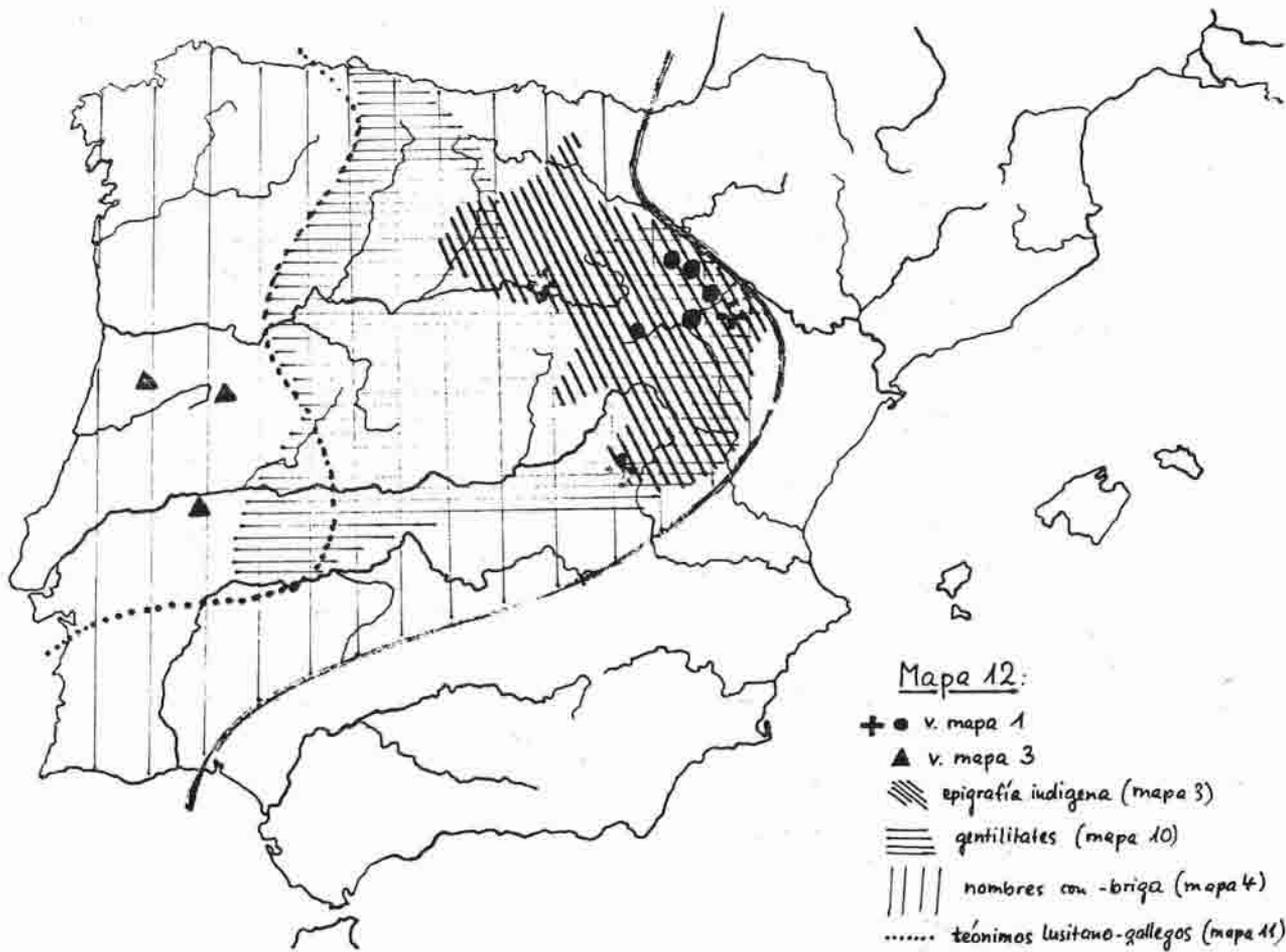
A modo de apéndice, un pequeño detalle que tal vez permita saber el porqué del uso del término «celtibérico» por Ptolomeo quien lo reserva para pocas ciudades de las cuencas del Ebro y del Jalón. No hay motivos políticos dado que estas ciudades nunca formaron un grupo político que desempeñara sus propias actividades. Tampoco pueden aducirse razones lingüísticas: la onomástica personal y la toponimia se integran perfectamente en el marco que abarca toda la Hispania céltica, y las inscripciones indígenas de Botorrita y sus alrededores, del valle del río Jalón, incluidos los letreros monetales, no hacen ver ningún rasgo gramatical que no sea común a toda la epigrafía celtibérica. Es un fenómeno marginal que separa la Celtiberia de Ptolomeo de los vecinos occidentales: son algunas variantes de la escritura ibérica en territorio celtibérico, no sólo en cuanto a las formas de las letras sino también con respecto a su







Mapa 11:  
divinidades indígenas



aplicación, siendo la particularidad más conspicua el uso de los signos para sonidos nasales<sup>21</sup>. Sólomente en una parte de la Celtiberia, la *n* y la *m* son representadas como en la epigrafía ibérica de la zona costera; en otros lugares la *m* ibérica viene sustituida por la *n*, y un signo que corresponde en la región ibérica a una nasal indeterminada, adopta el valor de la *n*. Tal vez no sea casualidad que las reglas gráficas ibéricas dominen sólo en las ciudades que Ptolomeo llama celtibéricas mientras que más al oeste, en el territorio de los Arévacos se manifiesta la tendencia a variaciones locales. Coincide esta distribución con la de ciertas particularidades numismáticas, por ejemplo la representación del jinete al reverso de los ases y de los denarios, el cual lleva una palma en lugar de una lanza sólo en la Cataluña ibérica y en nuestras ciudades, o el motivo de los tres delfines alrededor de la cabeza viril sobre el anverso que partiendo de Ilerda en pleno territorio ibérico llega exactamente hasta la región de las ciudades celtibéricas de Ptolomeo<sup>22</sup>. Todo eso —la ortografía y la numismática— acusa una estrecha vinculación entre los Celtiberos que vivían en la cuenca del Ebro y en el valle del río Jalón, y sus vecinos ibéricos al otro lado del río Ebro. No me parece imposible que tales fenómenos indujeran a los contemporáneos y antecesores de Ptolomeo a caracterizar los habitantes de dicha región como los «Celtas más ibéricos» y, en consecuencia, a reducir la etiqueta «Celtibérico» a esta región.

Todo lo que acabo de exponer no impide que continuemos las costumbres bien establecidas de la filología moderna: sigue siendo plenamente admisible hablar de inscripciones celtibéricas para distinguirlas de los textos ibéricos, tartésicos o lusitanos, y podemos escribir una gramática celtibérica y componer un léxico celtibérico. Pero siempre debemos tener presente que tales empleos de este adjetivo exigen sus definiciones propias, basadas en criterios epigráficos o lingüísticos que podemos deducir de los objetos que noso-

<sup>21</sup> Véase U. Schmoll, «Die iberischen und keltiberischen Nasalzeichen». *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung* 76 (1960) 280-295.

<sup>22</sup> Véanse los mapas 9 y 11 en el libro citado en nota 7.

tros llamamos «celtibéricos». Sería peligroso confundir las definiciones con los motivos según los cuales las autoridades antiguas aplicaron el mismo adjetivo: la palabra Celtibero parece ser una creación artificial formada no por los pueblos indígenas de la península sino por los historiadores griegos y romanos y ellos no se basaron en un conocimiento de unidades étnicas reales con sus profundas raíces prehistóricas, sino sólo obedecieron a la exigencia de denominar ciertas condiciones políticas o sociales en ciertos momentos de la historia, y son dos —por lo menos dos— los momentos que parecen reflejarse en nuestras fuentes: primero, la alianza del año 143 con su centro Numancia, y después, y sin alguna duda independiente de ella, la clasificación de ciertas ciudades que, a pesar de su pertenencia a la Hispania céltica con su lengua y onomástica, se mostraron más asimiladas al mundo ibérico que sus vecinas y antiguos compatriotas que vivían en las cuencas del río Duero y del Tajo y sus tributarios.

Al fin de mi discurso trataré brevemente de resumir lo que se desprende de nuestras reflexiones y de nuestras hipótesis sobre los vecinos occidentales de los Celtiberos (en sus sentidos distintos, respectivamente), en particular sobre la relación de lo que se llama Celtibérico y de los Astures y Vetones.

Claro es que los países de éstos quedan fuera del influjo ibérico, tanto en su manifestación más intensa que se observa en el rincón entre el Jalón y el Ebro, como en la irradiación más amplia y más modificada que han sufrido los demás pueblos indígenas que adoptaron el uso de la escritura ibérica para escribir su idioma indoeuropeo. En cambio, los Astures y los Vetones indudablemente participan en la fórmula onomástica de los clanes, incluidos los medios morfológicos de su expresión, es decir los sufijos *-ico-* y *-oco-* y la terminación *-um* del genitivo de plural. Esta fórmula aunque no puede ser la prueba positiva de que los que la usaban hubiesen hablado la misma lengua como los Celtiberos, de todas maneras puede servir de indicio de que en la región «analfabeta» no hay que buscar el dominio de un idioma considerablemente distinto. Recordando, ade-

más, los múltiples enlaces antroponímicos que reúnen el norte Asturiano y los Vetones con las mesetas celtibéricas, me parece lícito suponer que estos pueblos —en cuanto a su lengua— no se destacaron sustancialmente de los Arévacos y de los Celtiberos.

Más difícil será valorizar adecuadamente la frontera que se reconoce hacia el oeste, es decir entre los Astures y Vetones y los Gallaeci y Lusitani: nadie duda en que se hablaban lenguas indoeuropeas a los dos lados de esta frontera, y seguramente encontramos rasgos celtas, tanto en los teónimos gallego-lusitanos y en los textos prerromanos de la Lusitania central como en la epigrafía y onomástica celtibéricas. Pero tampoco podemos negar que la gramática de las grandes inscripciones lusitanas en muchos detalles no coincide con la de los textos celtibéricos. Parece existir, p.e., en la lengua lusitana un nominativo de plural en *-i*, *veamnicori*, que es más parecido al céltico de la Italia del norte y al irlandés que a la forma en *-os* que domina en el celtibé-

rico; la conjunción lusitana *indi* recuerda el galo *etic* «y» y no el *-kue* enclítico de las inscripciones celtibéricas. En suma, no cabe duda de que las lenguas lusitana y celtibérica son miembros de la familia de las lenguas celtas, pero eso no impide que cada una tenga su individualidad particular como lo tiene el irlandés en contraste al galés o el galés frente al bretón.

Volviendo a los dialectos del oeste hispánico, me parece admisible —aunque de ninguna manera seguro— que la diferencia de la organización social que se manifiesta en el límite occidental de las gentilidades corresponda a una diferencia dialectal entre dos lenguas celtas. No se puede dar una respuesta definitiva sin testimonios escritos, y como los Astures, Vetones, Gallegos no empezaron a aprender a escribir antes de que perdieran su lengua indígena, me temo que nunca vamos a solucionar el problema planteado en el último capítulo de esta ponencia.

